

Introito

Este umbral que cruzas, lector, es pórtico de la historia, zaguán de la memoria. Estas páginas aún sin recorrer, cuidadosamente cerradas, contienen retazos de un tiempo ido que palpité hace setecientos años, vidas que ocurrieron en una Europa medieval distinta a la acartonada y fúnebre que a menudo desfila en ciertos libros.

Tanto ha triunfado el mito del Renacimiento liberador como una época luminosa que llegó de Italia para esclarecer la oscura mente europea, que parece como si aquellos hombres y mujeres del Medievo en Castilla, Inglaterra, Aragón o Gascuña hubieran atravesado sólo un túnel sombrío en el que apenas sucedió algo digno de mención, habitando las estancias lóbregas de la ignorancia y padeciendo en las mazmorras del miedo y la superstición.

Nada más lejos de la realidad.

La Europa de entonces estaba en plena construcción, como lo estuvo después y como lo está la actual. Viva e inquieta, luchaba por sobrevivir y reconocerse a cada paso, esforzándose sin tregua y contra las asechanzas de numerosos enemigos en el camino del conocimiento. Gozaba con los juglares, los torneos caballerescos y las fiestas populares, pero también se desangraba por las almenas y torreones de sus castillos, en ciudades sitiadas y aldeas arrasadas. Vanidosa como el brillo de las armaduras, abigarrada como los burgos de calles tortuosas, silenciosa y ausente en sus monasterios, placentera en las cortes de trovadores y llena de bullicio por mercados y aldeas.

Estamos a comienzos de 1300. La centuria anterior ha visto declinar la roma y primitiva sobriedad del románico para emerger en una apoteosis de elaborada espiritualidad que eleva las agujas góticas de las catedrales buscando el cielo. Brotan por doquier los iluminados, aparecen legiones que siguen a los santos predicadores. A unos los perseguirá la Iglesia para evitar que tiemblen sus cimentados muros. Otros serán puntales de la reforma.

El continente está inmerso en cambios profundos como no había conocido desde las invasiones godas, normandas o islámicas de hace cientos de años. Es un momento de convulsión y transformaciones drásticas, el final de una época. Los modelos feudales godos fenecen junto al rural y decadente mundo romano, los sajones quedan reducidos en su rincón del norte y los musulmanes retroceden en Iberia, mientras nuevas hordas

asiáticas amenazan los países eslavos. Los límites que se trazan dentro de antiguas naciones y las lenguas nacidas del crisol latino, sajón o germánico, abren caminos y cierran fronteras que habrían de durar muchos años.

El tiempo tortuoso que recorren Leonor de Guzmán y Alfonso XI de Castilla marca el tránsito bronco de la Alta Edad Media al umbral de la Modernidad. Son los años del Dante y las luchas políticas en Florencia por la formación de la primera república moderna, la gestación del poder imperial de los Habsburgo en la Europa central, el ascenso de Inglaterra a nación con el inefable Enrique II y los virulentos hijos que tuvo de la simpar Leonor de Aquitania, la época del dominio aragonés y los temibles almogávares catalanes que conquistaron Bizancio, la de la expansión peninsular de Castilla desde los puertos cantábricos a las playas gaditanas y las fortalezas de Murcia. Es también la era de la crisis del papado y el éxodo a Avignon, la sede cautiva en la interesada órbita de la cristianísima majestad de Francia.

Una era consagrada al saber por los estudiosos, paralela a la ferocidad de los cruzados. Las universidades compiten con los monasterios como centros de saber y las ciudades viven un florecimiento político, desconocido desde la civilización grecorromana, con poderes autónomos y organización democrática. Los reyes protegen con frecuencia al pueblo de los poderosos señores feudales. Alguno, como Alfonso Onceno, busca una justicia igual para todos.

Nuestra historia acaba con el sombrío telón de la Peste Negra que diezmó la población de Europa. La epidemia dejó una huella imborrable en la conciencia europea, linajes completos desaparecieron, las ciudades quedaron despobladas y los cultivos abandonados. Durante casi una centuria reinó el miedo, la oscuridad y la superstición. Aquello sí fue el túnel sombrío del que Europa volvió a salir, robusta y sabia, en la explosión del Renacimiento liberador.

Lento, democrático, e inexorable camino del saber

Aunque parezca ingenuo afirmarlo en una época de cinismo cultural como la nuestra, las universidades se formaron no solamente por la necesidad social de sistematizar los saberes prácticos de Medicina y Derecho, sino también por el loable deseo democrático de propiciar acceso al conocimiento a jóvenes de toda condición, no sólo nobles o monjes. No como en la Grecia de la Academia y el Liceo donde únicamente los hijos de la aristocracia gozaban con las sabias lecciones de sus maestros.

Fue en Bolonia, la bellísima y erudita ciudad que atesora imponentes palacios con toda la gama de ocres y sienas, donde se reunieron los "Estudios" del *Trivium* y *Quadrivium* en forma de colegios universitarios. La orgullosa leyenda de la urbe cuenta que la universidad había sido fundada ya Teodosio el Joven en el año 425, pero no fue hasta 1119 cuando se formaron las facultades. Poco después el emperador Federico Barbarroja introducía el derecho civil y a finales de la ilustrada centuria la universidad contaba ya con doce mil alumnos, entre Medicina, Filosofía, Arte y Derecho Canónico. A Bolonia acudieron jóvenes de toda la Cristiandad, los españoles tuvieron su propio colegio, fundado en el tiempo de nuestra historia por el cardenal Don Gil de Albornoz y que aún permanece hoy como escuela de doctorandos.

Otras capitales siguieron la estela boloñesa. La burguesía de las ciudades exigía profesionales del derecho y la medicina cada vez más preparados, mientras la Iglesia enviaba a sus pupilos a estudiar teología con sabios reconocidos pues los monasterios se quedaban estrechos para ampliar los saberes. A veinte leguas de Londres, en la confluencia del Támesis y el Cherwell, nació en 1162 un *Studium generale* al calor de una antigua escuela de la sede episcopal de Oxford y como consecuencia de la emigración de estudiantes procedentes de París, que huían de los precios abusivos en los libros y el hospedaje.

Casi un siglo más tarde que en Bolonia pero antes que otros famosos del continente, aparecía en España el primer centro de enseñanza superior. En 1208 se fundaba en Palencia un Estudio General con el apoyo del obispo Tello Téllez de Meneses y el patrocinio de un rey leonés, Alfonso VIII, que asumió la protección de la institución dotando a la pionera de las universidades hispanas de abundantes recursos materiales y profesorado de Francia e Italia. Fue nuestro Alfonso XI quien consiguió que la Academia se trasladara a Valladolid con el marchamo de *Universitas* por bula del papa.

En París surgió La Sorbona de las escuelas catedralicias de Notre-Dame. La universidad tenía un canciller, futuro rector, y agrupaba a los alumnos en cuatro "facultades de maestros": teólogos, artistas (que luego serán los filósofos), decretalistas y médicos. Los estudiantes galos crearon sus uniones escolares con el nombre de *naciones* y recibían grados de bachiller, licenciado, maestro y doctor en todas las ramas de un saber jerarquizado. La filosofía se supeditaba a la teología y la maestría en arte era el prelude necesario para los estudios de medicina y derecho. La Universidad de Oxford, mientras tanto, señalaba distancias al recibir privilegios que marcaban su

autonomía jurisdiccional. Los universitarios sólo podían ser juzgados por el rector y tenían reconocido el derecho a la huelga y a la secesión, si no estaban de acuerdo con la dirección de su colegio. De una de estas secesiones nació la Universidad de Cambridge en 1209.

Mientras París se consolidaba como centro de teología, las universidades inglesas se convirtieron en focos científicos de matemáticas, geometría y química.

Explosión religiosa

Aquellos fueron años de enorme auge espiritual. Quedaban atrás los tiempos en que consagrarse a una vida de oración y servicio a Dios consistía en refugiarse en cenobios de silencio, sobrios monasterios donde los monjes alternaban el estudio con los rezos en comunidad, el trabajo en el campo y las horas de soledad. Pero en este despertar del final de la Edad Media, quienes entraban en religión no se retiraban del todo, abrazaban la vida en común con votos y disciplina, pero abiertos al mundo, a las preocupaciones de la época.

A uno de aquellos jóvenes urbanos, hijo de unos ricos comerciantes de Asís, se le cruzó en el camino un Cristo pobre y necesitado que le tendió la mano y enderezó su voluntad. Francesco, manso, místico y rebosando amor, renunció a la vida mundana y fundó una comunidad de frailes mendicantes entregados a la oración y la ayuda a los demás. El éxito de su mensaje fue tal que la comunidad franciscana conoció un auge inusitado, se extendió por toda Europa y en pocos años fue cantera de sabios, santos y papas.

La orden no tuvo problemas para ser reconocida por el Vaticano, pues además del amor por las criaturas de la Naturaleza, animales y plantas incluidos, no se apartaba de las enseñanzas de la iglesia, por mucho que en las ciudades y aldeas consideraran un escándalo que sus fornidos hijos, jóvenes capaces de ayudar en el campo, dejaran todo para seguir al *poverello*.

No ocurrió lo mismo con otros credos heterodoxos, disidencias de pequeños matices como el antiguo arrianismo o la corriente unitaria que provocó el cisma ortodoxo. Eran doctrinas basadas en la vivencia íntima de la comunión con Cristo y en la lectura de las escrituras sagradas, rechazando todo lo demás. Surgían en cualquier lugar y a veces no duraban más que una generación, pero iban preparando el camino de lo que será la reforma protestante.

Brotan los herejes, triunfa la Inquisición

Una de las sectas de mayor raigambre fue la de los valdenses, llamada así por su fundador Pedro Valdo que pasó de ser acaudalado comerciante de Lyon a místico despojado. La revelación ocurrió tras oír a un juglar recitar la vida de San Alejo. En un momento inspirador se dio cuenta de que el dinero acumulado en años de esfuerzo no era más que avaricia y orgullo, así que se desprendió de todos sus bienes y los repartió entre los pobres. A partir de entonces se dedicó a predicar una vida de privación absoluta entregada a Dios, con la piedad como virtud y la voluntad personal como única guía, libre de ritos o jerarquías que le hizo rechazar la misa, el culto a los santos y la obediencia a la autoridad eclesiástica.

Los valdenses formaban un pintoresco grupo que recorría las calles de Lyon atendiendo a los menesterosos y viviendo de la caridad de los antiguos y sorprendidos clientes de su fundador. Tras su excomunión, abandonaron la ciudad y a través de los penitentes lombardos, se extendieron por el norte de Italia, Flandes y Aragón.

Con la proliferación de sectas se produjo la reacción de la jerarquía. Y no fue en la península ibérica como piensa mucha gente -españoles incluidos- que a consecuencia de la Leyenda Negra creen que la Inquisición fue obra de la cruel y ultracatólica España. La responsabilidad histórica de la creación del Santo Oficio es del emperador germánico Federico II que publicó, en 1231, una ley que imponía la pena de muerte a los herejes. Al papa reinante, Gregorio IX, le pareció una idea excelente y la aceptó en 1231 como parte del derecho de la Iglesia. Y para que la ley se cumpliera, creó el tribunal de la Inquisición y encargó su tutela a los dominicos. La orden de Santo Domingo, rival de la franciscana, fue la guardiana de la filosofía, la intérprete del pensamiento clásico revestido con ropaje cristiano. Pero a tan loable labor, de titánicas cumbres como Tomás de Aquino o San Buenaventura, unió la otra tarea siniestra, como perros de la ortodoxia y sayones del poder.

El rey Pedro II de Aragón declaró a los herejes enemigos de la Corona, tras el Concilio de Letrán que condenaba con los términos más duros a quienes se apartaran de las leyes de la Iglesia. Fue en Aragón donde el tribunal conoció su apoteosis, gracias al entusiasmo de Jaime I el Conquistador y la labor doctrinaria de San Raimundo de Peñafort, autor del *Manual Práctico de Inquisidores*.

Los métodos del Santo Oficio eran avasalladores. Un inquisidor llegaba a una población en la que se habían constatado brotes de herejía y primero concedía un "tiempo de gracia" para que los que admitieran sus culpas pudieran ser perdonados.

Luego comenzaban los interrogatorios. Al principio el tribunal no admitía abogados defensores ni testigos a favor. Cuando al fin los juristas y la protesta popular consiguieron estos elementales derechos para los acusados, el tribunal comprobó que su eficacia se veía dificultada por trámites superfluos. Entonces recurrió al tormento para arrancar confesiones de culpa y evitar así los molestos alegatos de la defensa. La tortura como medio legal fue introducida en tiempos de Inocencio IV y provocó que los juicios fuesen más rápidos y numerosos.

Para hacer que los procesos fueran ejemplares el Santo Oficio creó los siniestros *autos de fe*, verdaderos espectáculos en los que dictaba las sentencias. Podían durar más de un día, atraían el morbo del sufrimiento humano y los utilizaban los reyes como elemento de disuasión. La catarsis era completa, con el desfile de los acusados con sus *sambenitos*, capirotos y demás parafernalia, y así el populacho podía insultar libremente a estas personas, a menudo pertenecientes a la nobleza ilustrada, con el añadido placer de agraviar a hermosas doncellas, atractivos donceles y dignos patriarcas entregados con heroísmo al martirio. La fiesta, degradante y brutal, terminaba cuando los inquisidores, aquellos frailes sádicos cuya represión e intolerancia los convirtió en viles ejemplares de la raza humana, entregaban los reos al brazo secular para ser quemados. El castigo, que recordaba el terrorífico infierno, se prefería a la prisión de por vida por riguroso y ejemplar. La confiscación de bienes a los asesinados favorecía a los poderosos de turno, a quienes les habían acusado y sobre todo, a la Iglesia.

Los últimos resistentes

Durante el concilio de Tolosa de 1229 se produjo la condena de los albigenses o cátaros, cuya herejía se había extendido con fuerza inaudita por el mediodía francés. Formaban otro grupo de misticismo puro y esforzado ascetismo que rechazaba las posesiones materiales y la jerarquía, tanto eclesiástica como del gobierno feudal.

El último foco albigense, la fortaleza de Montségur, cayó en 1244 en poder de las tropas enviadas por los señores del norte de Francia, apoyados por el papa y la monarquía capeta. Los cátaros se habían refugiado en aquel bastión inexpugnable que se yergue en Ariège a más de mil metros de altura como clamor terrenal a los sordos oídos celestiales. Los sitiados conocían su inferioridad militar pero confiaban en la fuerza de su exaltación religiosa. Lanzaban piedras y palos afilados pensando que la ira del Señor acabaría con sus enemigos, pero naturalmente no fue así y caían a centenares alcanzados por la metódica artillería de los asediados, entre himnos de alabanza y cánticos

piadosos. Un inútil inmolación, antesala de la derrota final, cuando los cruzados entraron a sangre y fuego, exterminando a cuantos pudieron.

La cruzada contra el movimiento cátaro ya había mostrado su fiereza desde el comienzo. Más que una campaña contra enemigos de otra fe religiosa, como ocurría en la Península Ibérica, fue un arreglo de cuentas con los que se habían atrevido a establecer un tipo de vida liberal en Occitania. En todo el Languedoc, vinculado a la corona catalano-aragonesa, se había formado durante más de cien años un clima político y cultural radicalmente distinto al que imperaba en el norte de Francia. La aristocracia protegía a los trovadores y ensalzaba la condición femenina, restando importancia a la mentalidad guerrera de los señores feudales. La religión se vivía como una experiencia de enriquecimiento espiritual y comunión con el espíritu evangélico, no como una imposición de dogmas y rituales. Al amparo de esta creencia nació el movimiento religioso que predicaba una extremada pureza y el despojamiento total.

Pero tal prédica resultaba escandalosa en extremo para una sociedad en la que tanto seculares como regulares vivían sumidos en la corrupción generalizada. Quizá la saña que mostraron los fanáticos cruzados estuviera motivada por el espanto de verse en el espejo que los cátaros pusieron sin contemplaciones delante de sus ojos.

La operación contra ellos se tiñó de horror. Tras la captura de Béziers, Simon de Monfort ordenó que fueran pasadas a cuchillo veinte mil personas, sin averiguar si eran cátaros o no. "Dios reconocerá a los suyos", se limitó a decir. El que se creía elegido murió de una certera pedrada en la frente durante el sitio de Tolosa, pero su hueste siguió asolando las melancólicas tierras occitanas mientras se apropiaba de los bienes de los masacrados y los iba acorralando. Cuando los resistentes de Montségur, unos doscientos, comprobaron que más allá de la montaña sagrada no había escapatoria, solicitaron el *consolament*, un sacramento que los perfectos *catharoi* administraban a los seculares en peligro de muerte. Luego, cogidos de la mano, salieron cantando hacia una gigantesca hoguera preparada para su inmolación. Desde entonces, el Prat dels Cremats se convirtió en lugar de peregrinación y emblema de la identidad occitana.

Un efecto de la propaganda: Las Cruzadas

El fanatismo religioso desbordó los claustros de las catedrales hasta alcanzar las salas de los castillos y las curias regias. La beligerancia de los turcos seleúcidas, que salían al paso de los peregrinos a Tierra Santa, asaltando sus caravanas y esclavizándolos,

provocó la idea mística de guerra santa contra el infiel que se unió a la empresa político-militar de recuperar los Santos Lugares.

La toma de Jerusalén había sido un paso más en la formidable expansión musulmana del primer milenio. Tras la muerte del belicoso profeta, los mahometanos se instalaron en Damasco y desde allí lanzaron sus huestes a la conquista de Oriente y Occidente. En menos de doscientos años, su ley imperaba desde las orillas del Ganges al Finisterre ibérico pero la victoria de Carlos Martel en Poitiers sobre quienes habían conquistado en un suspiro la Península Ibérica, dio nuevos bríos al frente cristiano. Mientras en Hispania los derrotados godos se organizan en el norte para acometer la ingente tarea de la Reconquista, en Europa las masas entusiasmadas responden al llamamiento de Urbano II en su célebre discurso *Dios lo quiere*.

Insignes barones reúnen mesnadas y una larga caravana se pone en marcha. Las armaduras de los caballeros crujen, el bruñido metal resplandece y los yelmos adornados destacan ante la tropa. Sus nombres son legendarios: Godofredo de Bouillon, Balduino de Flandes, Raimundo de Tolosa, Bohemundo de Tarento. Asedian y toman Nicea, después vencen en Dorilea al sultán de Iconio. Antioquía cae tras siete meses de cruel asedio y la mítica Jerusalén se rinde en julio de 1099. Los cruzados se reparten los territorios conquistados y fundan estados feudales como el principado de Antioquía o los condados de Edesa y Tripoli. Godofredo de Bouillon se titula Protector del Santo Sepulcro e inaugura el reino cristiano de Jerusalén. Durará casi cien años.

La Segunda Cruzada arranca por la influencia de Bernardo de Claraval. El rígido e intransigente borgoñón llama de nuevo a luchar por Cristo y consigue reclutar más de doscientos cuarenta mil soldados para castigar a los turcos por haberse apoderado del condado de Edesa. Pero la expedición, dirigida por Luis VII de Francia y el emperador Conrado III entre 1147 y 1149, resulta un fracaso por las rencillas germano-bizantinas y la oposición de los barones francos instalados en Siria, que vivían en paz con Damasco. Su único éxito fue por casualidad. Durante el viaje por mar a Palestina, toman parte en la reconquista de Lisboa, que desde entonces pasó a ser la capital del Condado Portucalense independizado de Castilla y convertido en reino. El resto fueron batallas perdidas. Derrotados por separado en Dorilea y Laodicea, los ejércitos cristianos abandonaron el largo e infructuoso asedio de Damasco. El rey francés y el emperador germano emprendieron el regreso a Europa sin cruzar una palabra.

La reconquista de Jerusalén por Saladino en 1187 provocó la Tercera Cruzada, una de las más conocidas, duraderas y románticas. El rey de Inglaterra Ricardo Corazón

de León y Felipe II Augusto de Francia, amigos de infancia y rivales de juventud, se unieron en el ideal caballeresco al duque Federico de Suabia y al emperador Federico I Barbarroja. El hábil y sagaz Saladino, un príncipe ayabí que derrocó a la dinastía fatimí y se hizo con los sultanatos de Egipto y Siria, dejó varias plazas sin atacar en su irresistible camino hacia la ciudad de las tres religiones. No parece que fuese por altanería o descuido, sino más bien un intento por mantener relaciones con los francos establecidos que suponía ventajas para el comercio. Ricardo y Felipe reconquistaron San Juan de Acre en 1191, pero sólo Corazón de León firmó un tratado con Saladino para quedarse con una franja costera que permitiera el paso de los peregrinos, a cambio de dejarle Siria y Palestina enteras. Un acuerdo al que no debió ser ajena la atracción erótica mutua que sintieron ambos caudillos.

Hubo más. La cuarta fue obra de Inocencio III y en ella Balduino de Flandes conquistó Constantinopla y fundó el Imperio Latino que durará hasta 1261. Luego vino la célebre y terrible Cruzada de los Niños, la sexta en la que el emperador Federico II obtuvo Jerusalén, Belén y Nazaret y la séptima de Luis IX de Francia que terminó en fracaso. La última fue la de San Luis, en 1270, dirigida contra Túnez para convertir a sus habitantes. Una epidemia diezmo las huestes cristianas, acabó con las pretensiones apostólicas del ingenuo rey francés y segó la vida del soberano. Los mamelucos reconquistaron el último baluarte cristiano, San Juan de Acre, en 1291 y devolvieron a Occidente a aquellos guerreros de Cristo para siempre.

Una nueva edad

Mientras tanto las órdenes militares conocían un nuevo auge en Europa. En España, el caballero leonés Pedro Fernández creó en 1170 la Orden de Cáceres, cuando el rey de León Fernando II le concedió este lugar. Un año después cambiaba el nombre por el de Santiago, al recibir el arzobispo compostelano al maestre de la orden como canónigo.

La desaparición de las costumbres romanas supuso también el ocaso de las urbes. Aquella civilización basada en la *polis* fue diluyéndose en una forma de vivir más cercana al campo, en territorios feudales dominados por castillos o abadías que tutelaban las aldeas de los alrededores, sometiéndolas a vasallaje. Pero a partir del siglo XI, el mundo rural languidece y aparecen nuevos burgos independientes, concentraciones urbanas de comerciantes y hombres libres con importancia creciente en la política y economía de los reinos, hasta el punto de obtener representación parlamentaria.

Es en el reino asturleonés, en 1118, cuando nacen las primeras cortes de Europa como asambleas consultivas con representación del alto clero, la nobleza y los procuradores de las ciudades elegidos por sus conciudadanos. La Corona precisaba mayores ingresos para su empresa de reconquista y crear nuevos impuestos. Las ciudades, a su vez, querían obtener contrapartidas y controlar el gasto regio. El modelo de la Curia Regia de León se adoptará más tarde en Castilla, Cataluña y Aragón.

La época de María de Molina y Alfonso XI, la de Alfonso el Sabio y su Sevilla cristianizada que ve nacer a Leonor de Guzmán, es la edad adolescente de la lengua romance, cuando crecida y robusta, empieza a cantar y escribirse, a tomar carta de naturaleza con distintos ropajes, según las naciones y los pueblos.

Castilla, España

España sigue siendo el solar donde los imperios dirimen sus fuerzas. Ahora son cristianos contra musulmanes como antes fueron godos contra hispanorromanos y antes éstos contra cartagineses. Hace 600 años que la península está en constante transformación. Desde sus refugios montañosos del norte peninsular, los cristianos han ido creando reinos más pequeños sobre las ruinas de la patria goda. Son los descendientes de aquellos visigodos que cambiaron la espada por el arado y fundaron Spania, la primera nación independiente de Roma en Europa.

Los pobladores de Spania, nombre que la Antigüedad ya daba a la piel de toro, eran la admiración del mundo mediterráneo por su valor y resistencia. Aunque divididos en tribus, conocían la unidad desde los cartagineses. Herederos de la civilización tartésica y el opulento Gades, hijos del rico matriarcado levantino y las poblaciones celtas de la meseta norte, los guerreros celtíberos eran célebres por su táctica de guerrillas y por arrojar a la pira funeraria de su caudillo para morir con él. Una costumbre arraigada, tan feroz como admirable, que los romanos conocieron como *devotio iberica* y que tanto impresionó a Estrabón.

Iberia, Spania, fue mezcla fecunda de fenicios y griegos, arévacos y carpetanos, celtas rubios y cetrinos púnicos. Un pequeño continente en el occidente europeo rodeado de mar, hospitalario y ubérrimo, donde la vid daba buen vino y las tierras altas buen pan, aceite en los valles fluviales del sur y minerales por doquier. Tierra de montañas escarpadas y planicies yermas, ríos caudalosos y cielo estrellado y luminoso. España áspera, bronca, cruce y bastión, meta y punto de partida.

La monarquía astur-leonesa reconquistó el territorio ocupado por los musulmanes de Siria y Marruecos y repobló los páramos de los *Campos Góticos*, desde los montes de León hasta las márgenes del Duero. Una tierra castigada por el gélido invierno y un sol abrasador en verano, distinta a los húmedos peñascos y valles del norte donde la civilización neogótica llevaba ya más de tres siglos afianzada. La altiplanicie de cielos transparentes y luz vertical, meseta de la libertad de los hombres villanos, futura Castilla y corazón de España.

León y Castilla se unieron en fraternal abrazo, como dice Sánchez Albornoz, en la corona de Fernando III el Santo. Él y su hijo Alfonso X el Sabio, engrandecieron el reino con las conquistas de Córdoba, Sevilla, Cádiz y otras muchas plazas. Hicieron leyes, fundaron monasterios, promovieron linajes. Su legado fue a duras penas transmitido por sus descendientes Sancho y Fernando. El hijo de éste, Alfonso XI, habría de dar lustre a un trono desprestigiado, en constante pugna.

Una extraordinaria mujer, Leonor de Guzmán, fue el alma de su reinado.